

El domingo 17 de febrero de este año 2013, en el mismo día en que había nacido en Berna, y tras haber cumplido un ciclo vital de ochenta y siete años, nos abandonaba en Baltimore el profesor Georg Luck, uno de los más eximios filólogos clásicos del siglo XX, y una de las personas más extraordinarias y sabias que a veces el destino pone en nuestro camino; y al destino le plugo ponerlo en el camino de la Filología Clásica de la Universidad de Murcia.

Georg Luck, adornado de múltiples y excelentes virtudes, gozó siempre de la admiración, respeto y afecto de cuantos tuvieron la suerte de conocerlo. Su persona provoca y provocaba juicios casi idénticos, que se plasmaban en palabras que reconocían y alababan, además de su portentosa inteligencia y su fecundo trabajo, su inmensa generosidad, cordialidad, perspicacia, sentido del humor, hospitalidad, afectividad, respeto, y un largo etcétera; ello se podía resumir en que poseía unas dotes naturales que le movían a una simpatía universal, casi cósmica, –con la naturaleza y con las personas-, un interés por todo y por todos, una humildad y cercanía, una modestia y sencillez, que hablaba de la grandeza de un ser que era consciente de la inmensidad, belleza y perfección de un mundo inabarcable y misterioso; un mundo que, como ocurre en la vida y también en los textos, se nos escapa, aunque tarea de la inteligencia humana era para él intentar descubrir, en la medida de lo posible, lo que se oculta, lo que está más allá, y a ello dedicó Luck vida y obra.

Ciertamente esto se percibe en sus muchas y magníficas aportaciones filológicas, que hablan, como suele ocurrir, del hombre que existe tras las palabras. Filólogo clásico en el sentido más auténtico del término y de la tradición, amaba su trabajo; conocía por igual el griego y el latín, y, además de los textos clásicos paganos, no le eran ajenos los del Cristianismo, en especial los del Nuevo Testamento, en los que podía sumergirse con autoridad debido a la formación teológica que unía a la de filólogo clásico. Sin duda esta formación, que se compadece con su personalidad, guió su camino intelectual -de alumno y profesor-, que recorrió, casi como ciudadano del mundo, a través de diversas y prestigiosas instituciones científicas de Europa y América. Alumno en las universidades de Berna, La Soborna y Harvard, enseñó en las de Yale, Brown, Harvard, Mainz, Bonn, y Baltimore; en esta ciudad, en la universidad John Hopkins pasó cuarenta y tres años de su vida (1970-2013), ya que en ella permaneció como profesor emérito, al jubilarse en 1990.

Fue constante en él su interés por el hombre, ese pequeño ser que reúne en sí mismo la magnitud, complejidad y misterio del universo o, dicho de otro modo, el macrocosmos; ese ser que es criatura y parte de una naturaleza con la que se relaciona; asimismo estuvo presente su amor a esa misma naturaleza, grandiosa y llena de

belleza, que pudo contemplar en su Suiza natal lleno de admiración. A este interés, casi innato, hay que añadir, como el profesor Luck reconocía expresamente, la enseñanza de maestros que marcaron, desde muy joven, su vida, y le llevaron, como filólogo que era, a investigar en los textos -y quizá también en la vida- lo que permanece al parecer inexorablemente oculto a los ojos humanos, lo que existe detrás de lo visible y detrás de esta vida; por eso le interesaban la filosofía y la teología, que plantean preguntas y a veces responden a ellas; la religión y las creencias, la magia y las ciencias ocultas, un campo en el que se le considera un auténtico pionero.

Un filósofo fue objeto de sus primeras investigaciones y de su primera publicación, *Der Akademiker Antiochos* (1953), y no es necesario recordar que la elección, aunque lo pareciera, no fue casual; era un filósofo ecléctico, y a medio camino, o puente, diríamos, entre Grecia y Roma, puesto que parte de Platón y llega al Arpinate, lo que se compadecía bien con el caminar siempre por ambos mundos, el griego y el romano, del profesor Luck; él era consciente de que son inseparables y así lo manifestó con obras en su obra. La filosofía y los textos filosóficos no dejaron, ciertamente, de interesarle nunca; nombres de los más eminentes filósofos y las aportaciones que el profesor Luck hizo a las obras de los mismos se encuentran a lo largo de su dilatada bibliografía. También, ligada al pensamiento, es decir, a la filosofía, en su obra queda plasmada su formación y preocupación teológica; el profesor Luck se plantea problemas que otros se han planteado, y ofrece sus respuestas basadas siempre en el análisis de los textos; no son pocos sus trabajos sobre el Nuevo Testamento o los Padres de la Iglesia.

El amor, ese sentimiento que, como no es necesario decir, rige la vida de los hombres, y ha producido muchas de las mejores páginas de la literatura universal, en Roma cristalizó de modo especial en la efímera pero perdurable elegía erótica; y de ella el profesor Luck es una de las autoridades indiscutibles desde que en 1959 diera a la luz lo que podemos considerar su segunda e importantísima aportación filológica, *The Latin Love Elegy*, obra de obligada lectura para quienes quieran adentrarse en este mundo; él mismo la trasladó después al alemán y desde 1993 se puede leer en castellano.

A Luck se considera, o mejor, es, un auténtico pionero en el estudio y análisis de los textos de los antiguos que hablan de los secretos del universo, es decir, de magia, demonología, astrología, brujería, en una palabra, de lo oculto. Su atención a estos temas, en concreto a las brujas y brujería, tuvo su primer exponente en 1962 con *Hexen und Zauberei in der römischen Dichtung*, obra que culminaría con la que se considera su mayor y más reconocida aportación, *Arcana mundi: Magic and Occult in the Greek and Roman Worlds*. Publicada en 1985, fue reimpressa en 1986, y ha sido objeto de traducciones (al italiano, castellano y, por el mismo Luck, al alemán); nunca dejó de trabajar en esta obra, puesto que intervino en ella con novedades y mejoras en las diferentes ediciones que de ella hubo: lo corrobora, por

---

ejemplo, la segunda edición que cuidó y renovó el autor y fue publicada en la editorial de su universidad, la *John Hopkins*, en 2006, es decir, treinta años después de la primera.

Su simpatía con la naturaleza, el haber crecido inmerso en la grandiosa belleza de Suiza, y haber contemplado y conocido muy cerca el misterio de la vida hecho color, aroma y jugo en cada primavera, no debió de dejarlo indiferente, y de aquí parte, como él mismo dice, su conocimiento de los poderes curativos de muchas plantas, el de las propiedades que poseen algunas de ellas para alterar estados de conciencia; los textos clásicos, comprobó luego, corroboran lo que él mismo de otra manera ya sabía, y a su estudio riguroso y científico se dedicaría, confirmando en ellos y en las noticias de la antropología, las semejanzas que existen entre tiempos y culturas diferentes, Grecia antigua, Europa medieval, el mundo egipcio o los chamanes de la actualidad. Dentro de esta temática, y como nuevo ejemplo del interés que sentía por estas cuestiones, hay que recordar que investigaciones sobre orfismo, epicureísmo, estoicismo, religión y textos cristianos, inspiración, hermetismo, etc., fueron apareciendo a lo largo de los años en diversas revistas, homenajes, etc., y que un número representativo de ellos se reunieron en 1999 en *Ancient Pathways and Hidden Pursuits. Religion, Morals and Magic in the Ancient World*.

En *Arcana mundi*, como en la serie de artículos reunidos en la obra que acabamos de citar, nos aparece el riguroso filólogo clásico, conocedor de los textos grecolatinos, capaz de entresacar de ellos la información que sobre las ciencias ocultas del mundo antiguo ofrecían, y de acercarlos al lector, explicados y enriquecidos por sus comentarios. Y Luck alcanza el objetivo deseado: hacer accesible una materia ardua, y lograr presentar de modo no restrictivo las correspondencias que existen entre mundos y épocas diferentes, o establecer evidentes relaciones, por ejemplo, entre magia y ciencia. Por eso no se limita al mundo grecorromano, aunque este es el fundamento y razón de ser de sus investigaciones, porque siempre son los textos clásicos, que conocía a la perfección, los que son cuidadosamente seleccionados, son objeto de análisis, y están en la base de sus ideas.

Su conocimiento profundo de los textos clásicos es, sin duda, el fundamento de toda su obra; son innumerables los autores y textos que constituyen el hilo conductor de sus libros y artículos, pero, sin duda, los poetas elegíacos fueron de su especial agrado, como su ya mencionada *The Latin Love Elegy* puede avalar. Ciertamente la poesía elegíaca estaba entre sus preferencias y a Propertio y Tibulo -también a Ovidio- dedicó magistrales ediciones; para Luck el texto -la historia del texto y la crítica textual- era, como debe ser, la base, el fundamento de cualquier análisis; lo primero y principal, y en este campo se mostró a lo largo de toda su vida un maestro.

En los comentarios de los textos editados brillan sus enormes conocimientos y sus atinados juicios y precisiones, como ha sido alabado por quienes han reseñado sus obras o han acudido a ellas en sus investigaciones. También en el caso de ediciones y

comentarios comprobamos cómo sus libros eran para Luck materia viva, como hijos que había que seguir cuidando, puesto que no se limita a reeditarlos, sino que cada nueva edición lleva inherente un nuevo trabajo del profesor, nuevas aportaciones y algunos cambios; ocurre en el caso de los elegíacos, y ocurre, como hemos podido constatar en la última edición de su Lucano, de 2009; en 1985 lo había editado por primera vez, y, como su autor manifiesta claramente, este trabajo de ahora no es independiente del primero, aunque, también insiste en ello, uno y otro no son, evidentemente, iguales.

Luck era maestro indiscutible en el campo de la crítica textual, en el que se mostraba “no conservador”; valoraba mucho las *lectiones* de humanistas y filólogos, y se adentraba en el pensamiento de los autores clásicos; y por ello tenía un especial cuidado del texto; analizaba y descubría los problemas que presentan y trataba de aportar soluciones. Tenía, además, una gran capacidad de conectar con ellos y de extraer sus secretos, hasta los más recónditos, o de descubrir, como si fuera un detective, las letras que se perdieron en la transmisión de los textos. En eso trabajaba y con eso se divertía el profesor Luck, que nos ha regalado una obra de enorme valor; es bien conocida y no se trata aquí de hacer una relación de sus publicaciones; sí podemos remitir a sus *Opera minora selecta* (Huelva 2002), en donde se reúnen un buen número de ellas, y se ofrece, además, la lista de todas sus publicaciones hasta esa fecha. Pero sí insistiremos en que todo le interesaba; en que paseó su *curiositas* por una amplia nómina de autores griegos y latinos sin olvidar los de época medieval, y que su atención se prolongó hasta autores casi contemporáneos, como de ejemplo pueden valer los del XIX, Alfred Miell de Salisbury o Carl Ludwig Fernow; la óptica desde la que los contemplaba era lógicamente distinta.

No es posible detenernos en la multitud de aspectos de su fecunda vida, por ejemplo, en su trabajo de editor en diversos Homenajes dedicados a maestros o colegas, que hablan de su disponibilidad, o en su responsabilidad y buen hacer al frente, durante más de diez años, del *American Journal of Philology*. Vamos, sin embargo, a hacer breve parada en un libro suyo, en el que se muestra como siempre, desde el principio, filólogo clásico y filósofo: *Die Weisheit der Hunde. Texte der antiken Kyniker*, que vio la luz en 1997. Luck, así se constata y lo venimos repitiendo, es el conocedor profundo de los textos, de los que es capaz de seleccionar y ofrecer los fundamentales, aquellos de los que se puede extraer el verdadero conocimiento de lo que fue el pensamiento de los cínicos. Era tarea no fácil, pero se dedicó a ella, como nos consta, con entusiasmo, y dio como resultado esta importantísima aportación a la Filología y a la Filosofía.

Son tantas las cosas que se pueden decir de la vida y obra del profesor Luck que en necesario optar ya por el silencio, más elocuente que las palabras.

Nos alegra, eso sí, que el profesor Luck haya estado ligado a Murcia desde hace un buen número de años; a Murcia vino en su primera visita a España, en la que

---

enseñó en las Universidades de Sevilla y Murcia: fue en junio de 1988; impartió sendos seminarios, que están en la base de dos importantes publicaciones posteriores; hace algo más de dos años estuvo a punto de visitarnos de nuevo, pero lo impidieron, lamentablemente, sus problemas de salud; han sido veinticinco años de contacto científico y humano, del que se han beneficiado muchos profesores de nuestro Departamento; ese contacto fue predominantemente epistolar, aunque también acogió en la Universidad John Hopkins y en su querida Berna a algunos de nosotros. Profesores de este Departamento se encargaron de poner en español su obra más emblemática, *Arcana Mundi*, que se publicó en 1995 en la editorial Gredos; el *Prefacio para la edición española*, que él elaboró, constituye una aportación valiosísima a la obra y a la materia, y fue incluida luego -en inglés- en *Ancient Pathways and Hidden Pursuits*. La Universidad de Murcia se honra de tener su nombre, junto a la de Huelva, en la edición de sus *Opera minora selecta*, obra ya citada; también se honra nuestra revista *Myrtia* de haberlo tenido como miembro muy activo de su Comité científico; a *Myrtia* confió uno de sus últimos trabajos, pero posiblemente el último publicado es su aportación a un Simposio celebrado en Murcia en noviembre de 2010, al que, como hemos dicho, no pudo asistir, aunque sí fue leída su contribución al mismo.

*Myrtia* y el Departamento de Filología Clásica de la Universidad de Murcia están tristes por la muerte de este gran filólogo, gran humanista, de este hombre de bien, sabio y sencillo, casi paradigma del ideal romano, que supo aunar el trabajo científico y el amor a la familia (siempre su familia está mencionada en su currículum), una familia de la que disfrutaba compartiendo nobles amores, como es la música; un hombre que amaba su tierra y su país (se preciaba de haber servido en el ejército como voluntario), y que cultivó, como pocos, la amistad.

Nos queda su ejemplo, su cariño y obra. Con él, mientras vivamos, estará nuestra gratitud y nuestro inmenso afecto, y vivirá. Pero su obra y su nombre sobrevivirá a los que lo lloramos y echamos de menos, pues será conocido y admirado por generaciones y generaciones, mientras interesen los temas de los que el profesor Luck escribió, es decir, siempre.

Descanse en paz.